

Jordi Torres Roselló*

EL AUGE DEL YIHADISMO EN
OCCIDENTE: UN PRODUCTO DE LA
MODERNIDAD

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

EL AUGE DEL YIHADISMO EN OCCIDENTE: UN PRODUCTO DE LA MODERNIDAD

Resumen:

Uno de los principales problemas cuando se trata de analizar el Daesh ha sido compararlo con otros grupos terroristas islámicos, cuyo principal objetivo era retrasar el reloj de la historia para volver a los tiempos coránicos del Profeta. Irónicamente, es muy posible que la comparación haya inducido a la inteligencia occidental a subestimar la organización y pensarla como un anacronismo medieval. Pero para entender por qué la bandera negra y oro del Daesh ondea sobre un territorio mayor que el del Reino Unido no basta con buscar las causas en el Corán, ni en el discurso que se hace desde ciertas mezquitas o madrasas. Hay que relacionar indisolublemente su auge con la modernidad occidental, pues su éxito tiene mucho que ver con el proceso de globalización acelerado, los medios de comunicación y el uso de las redes sociales. La Yihad 2.0 de Internet y la mediatización de la crueldad son sin duda causas del auge del yihadismo en Occidente; y ambos son un producto de la modernidad occidental.

Abstract:

One of the main problems in analyzing Daesh has been the comparison with other Islamist terrorist groups, the main objective of which was to turn the History clock back, in order to achieve the Koran times of the Prophet. Ironically, this comparison may well have done the wrong thing, underestimating the terrorist organization, seen as a medieval anachronism.

In order to understand why the Daesh black and gold flag is waving over a territory larger than United Kingdom, we do not have to search the causes in the Koran nor in any particular mosque or madrasa. The rise of jihadism in the West is strictly related with the globalization process, the media, and the use of social networks. The 2.0 Jihad working on Internet and the use of cruel images to exploit the "pull effect"; both are a western modernity product.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Palabras clave:

Daesh, yihad, globalización, modernidad.

Keywords:

Daesh, jihad, globalization, modernity.

INTRODUCCIÓN. EL AUGE DEL YIHADISMO

El pasado ocho de abril, en una amplia operación antiterrorista, los Mossos d'Esquadra detuvieron en distintos puntos de Cataluña a once personas relacionadas con el Daesh (el mal llamado Estado islámico), cinco de ellos españoles conversos, sin antecedentes árabes o musulmanes de ningún tipo. Se dedicaban básicamente a la captación de combatientes para el grupo y a la radicalización de jóvenes mediante charlas. Según se divulgó en los días posteriores, planeaban una inminente actuación terrorista, consistente en secuestrar y decapitar a un individuo al azar, vistiendo a la víctima de naranja, con el objetivo de difundir su ejecución en la red. Se trataba de imitar un procedimiento que ya nos es tristemente conocido, pues el grupo terrorista se ha encargado de que todos en Occidente hayamos visto, al menos, una decena de estas situaciones.

Los once detenidos son un ejemplo de lo que se denomina como “radicalización exprés”, un fenómeno que todos los expertos coinciden en relacionar estrechamente con las redes sociales y la circulación de las impactantes imágenes de violencia que difunde el yihadismo a través de los espacios virtuales más concurridos. Efectivamente, las personas no se radicalizan solas, y rara vez surgen yihadistas de modo aislado. Si vamos tirando del hilo, encontramos una extensa red de contactos, dinamizadores, páginas web e instrucciones de todo tipo, que hacen de éste un acontecimiento nunca visto a escala global. Las narrativas, que se expanden mediante la tecnología moderna, son el fundamento básico de las dinámicas de radicalización que emprende el Daesh, ya sea para cohesionar y estructurar el grupo, ya sea para polarizar el discurso y enfrentar a sus enemigos.

La Yihad 2.0 no se libra sólo en Oriente Medio, sino que Occidente juga un papel fundamental. El yihadismo global no ha estado nunca tan extendido como ahora y, además, la amenaza terrorista inherente al mismo es en la actualidad, en el mundo occidental, la de mayor intensidad después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, agravada en gran medida con la inestabilidad política y los enfrentamientos sociales posteriores a las revueltas árabes de 2011. Las causas del auge del radicalismo islámico son complejas, y deben considerarse en un enfoque integral, estudiando aspectos económicos, sociales y culturales, así como históricos y políticos. Pretendo centrarme, en adelante, en los métodos que usa el

Daesh para instalarse en el imaginario colectivo occidental, desde donde radicaliza a la población y recluta muchos de sus combatientes.

El objeto de estudio se centra, por tanto, en los elementos que hacen del Daesh un producto de la modernidad occidental, y éstos pueden estructurarse en dos grandes direcciones según los discursos del yihadismo del Daesh: una utópica, que se transmite a través de las redes sociales, y otra mediante la violencia atroz, que abre diariamente los noticiarios de los medios de comunicación mundiales. Se trata, en último término, de hacer un análisis y una posterior reflexión sobre el impacto causado por la mediatización de los actos del grupo terrorista en occidente, y sus efectos tanto en el auge del radicalismo islámico como en el posterior reclutamiento yihadista.

La mayoría de los reclutados son jóvenes, de entre 18 y 35 años, aunque no hay un perfil social concreto. A veces son de familia musulmana pero otras no, a veces son de ciudades o de zonas rurales, de entornos desfavorecidos o de clase media, hombres jóvenes, pero también mujeres y familias enteras. ¿Qué es lo que lleva a esa gente a partir hacia Siria e Iraq para alistarse a las filas del yihadismo radical? ¿Qué significa este entusiasmo para unirse a unos combatientes conocidos por las cabezas cortadas, las crucifixiones, las quemas y el lanzamiento al vacío de personas?

Para intentar comprender qué es lo que convence a unos jóvenes para dejarlo todo, cruzar medio mundo y arriesgar su vida, hay que analizar el ambiente sociológico y mediático que ha creado el imaginario yihadista como una narrativa alternativa a la vida de la civilización occidental. La velocidad con la que estos jóvenes se radicalizan y toman esas decisiones, tal como atestiguan los padres aterrados e impotentes, no parte de la ideología salafista del Daesh sino de sus lazos con la cultura moderna, las redes sociales, y el malestar de estos jóvenes en la cultura europea. A través del objeto de estudio que hemos definido, vamos a analizar, en primer lugar, este nuevo terrorismo producto de la modernidad, para después entrar en sus dos aspectos clave, la comunidad virtual que promueve la utopía –a la que hemos denominado Yihad 2.0- y el uso de la violencia extrema como marca de identidad.

EL DAESH, UN PRODUCTO DE LA MODERNIDAD

Uno de los principales problemas cuando se trata de analizar el Daesh ha sido compararlo con otros grupos terroristas islámicos, cuyo principal objetivo era retrasar el reloj de la historia para volver a los tiempos coránicos del Profeta. Irónicamente, es muy posible que la comparación haya inducido a la inteligencia occidental a subestimar la organización, y pensarla como un anacronismo medieval, con un control radical de la ley y la sociedad similar al que ejercían los talibanes.

Efectivamente, se prohíbe fumar o utilizar cámaras fotográficas, se recuperan las prácticas esclavistas, las crucifixión y ejecución de los apóstatas, las mujeres tienen una situación social ampliamente restringida, debiéndose mostrar completamente cubiertas en público, y la *sharia* retrotrae a sus habitantes a los tiempos del Califato. Pero para entender por qué la bandera negra y oro del Daesh ondea sobre un territorio mayor que el del Reino Unido no basta con buscar las causas en su ideología radical, de base salafista, ni al discurso que se hace desde ciertas mezquitas o madrasas. Hay que relacionar indisolublemente su auge con la modernidad occidental, pues su éxito tiene mucho que ver con el proceso de globalización acelerado, iniciado en la segunda mitad del siglo XX por occidente.

Como dice una de las grandes expertas en el Daesh, Loretta Napoleoni, “mientras que el universo talibán se reducía a escuelas coránicas y conocimientos basados en los escritos del Profeta, el caldo de cultivo del Estado Islámico ha sido la globalización y la tecnología moderna”¹. Su líder, Abu Bakr al Bagdadí, tiene muy claro los motivos de su éxito. El autoproclamado califa pretende reencarnar el histórico Califato en el siglo XXI, y para ello pidió, en su discurso, que se unieran a la organización médicos, ingenieros, jueces y especialistas en jurisprudencia islámica, discurso que fue de inmediato traducido en varios idiomas, entre ellos inglés, francés y alemán, y difundido a todo el mundo a través de redes yihadistas en Facebook y Twitter.

¹ NAPOLEONI, Loretta. *El fénix islamista* (Trad. Francisco Martín Arribas), Paidós, Barcelona, 2015, p.16.

La fuerza con la que el mensaje llega a todos los rincones del mundo no tiene parangón con otros grupos del pasado. Jóvenes musulmanes sin futuro que viven entre el vacío político y la corrupción endémica, en situaciones de pobreza extrema, desigualdad e injusticia, o perseguidos por regímenes autoritarios, que encuentran en la llamada de la yihad una salida social, política y económica. Pero es un mensaje que también cala en jóvenes musulmanes de una Europa sin futuro, donde a duras penas logran superar la frustración del desempleo y la marginalidad e integrarse socialmente. Vamos a centrarnos en éste último grupo y analizar los motivos que llevan a los jóvenes occidentales –musulmanes o no- a elegir el camino radical del extremismo islámico.

En la Unión Europea, los ciudadanos europeos radicalizados, que pasan a engrandecer el número de combatientes extranjeros de la yihad, están tomando dimensiones inéditas y altamente preocupantes. Francia, con al menos 1400 yihadistas, se sitúa a la cabeza de la Unión, por delante de Alemania (550) y Reino Unido (500). También proceden de Bélgica (300), Austria (164) y Holanda (123). España, con al menos 115 combatientes en el Daesh, se sitúa también en los primeros puestos de la lista².

En el caso español destaca la figura paradigmática de Kokito Castillejos, cuyo nombre real es Mohamed Hamdouch, quien se ha convertido en símbolo y prueba fehaciente de la radicalización y su peligro. Regentaba un pequeño comercio en un zoco, y ejercía algunas veces de mecánico en Castillejos, ciudad marroquí vecina de Ceuta, pasando allí una vida anodina, anónima y sin expectativas de ningún tipo. Tras la llamada del radicalismo pasó de ser un perfecto don nadie a un héroe del yihadismo, que lucha por los valores del islam y se permite amenazar directamente a países enteros. Al menos este es el mensaje que vende la estructura del Daesh, en donde Kokito ejerce ahora un cargo importante. “Era un adicto a la Informática y pasaba horas muertas en su portátil. Estamos seguros que su radicalización se produjo por Internet” asegura una persona próxima a su familia en una entrevista publicada en agosto de 2014 por el diario *El País*. En sus redes sociales difunde imágenes de las escenas más violentas, llegándose a fotografiar en varias ocasiones con las cabezas de sus víctimas cortadas, sonriendo mientras sostiene con su mano una de ellas.

² Datos aportados por *El País* en enero de 2015.

Son comportamientos que se repiten entre los combatientes extranjeros –todos tienen cuenta de Facebook o Twitter-, impulsados por la gigantesca máquina propagandística del Daesh, pero también por el deseo de reconocimiento en sus propios países, un fenómeno que se repite particularmente en los combatientes occidentales, que mantienen a menudo el contacto con amigos o conocidos. Estos actos de los captados por la yihad, y el procedimiento que mantiene unida a ésta con occidente, tienen dos efectos enlazados en términos morales pero diferenciados en su ejecución, tanto en el plano social como en el plano individual. Ambos actos tienen efectos radicalizadores para el resto de occidente, y se potencian el uno al otro, aunque los tratemos como dos planos diferenciados. El primero explota el asilamiento del individuo en la sociedad y le busca una nueva identidad social en la utopía yihadista, o Yihad 2.0. El segundo con impactos en el plano individual mediante de la transgresión y el daño a la moral social, producido básicamente por las imágenes dantescas del Daesh. Analizarlos será el objeto principal de los siguientes apartados.

La Yihad 2.0

Sin menospreciar en modo alguno el factor radicalizador de las mezquitas, es en Internet donde los aspirantes a la yihad encuentran la puerta de entrada a ese universo, que se ilustra a través de documentos, principalmente imágenes y videos. El Centro de Prevención contra las derivas sectarias vinculadas al Islam en Francia (CPDSI) estudia lo que contemplan los jóvenes en Internet y el proceso mediante el cual son radicalizados, y su directora, Dounia Bouzar, confirma los preocupantes pronósticos: “El adoctrinamiento comienza de modo casi sistemático vía Internet” y añade “es un procedimiento que comienza de forma individual, por eso dos tercios de las personas que se auto radicalizan a través de Internet no estaban fichadas por los servicios de inteligencia”, una situación que hace más complejo atajar el fenómeno y controlar los potenciales yihadistas. Un Informe³ que sacó en Noviembre de 2014 el CPDSI sobre la captación de jóvenes yihadistas nos da algunas claves para entender las técnicas que la organización terrorista usa, próximas a las que una secta podría utilizar, seleccionando un perfil concreto de víctima, con una idea utópica e idealizada para atraerlo,

³ BOUZAR, Dounia, CAUPENNE Christophe y Sulayman VALSAN. Recherche-action sur la mutation du processus d'endoctrinement et d'embrigadement dans l'Islam radical. C. P. D. S. I. Noviembre 2014. <www.cpdsi.fr>

y grupos dinamizadores que animan a la inserción a la vez que tergiversan las historias de los que ya están allí.

Una primera característica es la desconexión existente entre el sujeto que se pretende radicalizar y su país de origen. La cuestión del territorio tiene una importancia vital para el Daesh, siendo el principal elemento que lo diferencia de los grupos antecesores. La falaz denominación de “Estado Islámico” sirve perfectamente a sus objetivos, su visión pasa de ser utópica a ser real, y lo convierten en un proyecto adanista de reconstrucción del mundo a través de los valores del islam, en un proyecto estatal como lo entiende el mundo moderno.

En este sentido, se ve la imagen del Daesh como una nueva especie: capaz de generar ingresos inmensos, poseedor de un ejército grande y moderno, pagando bien a sus soldados, al tiempo que arreglan carreteras, instauran comedores sociales, subministran electricidad, gestionan un servicio de correos y establecen un rígido sistema jurídico en base a la *sharia*. Hay una cara social detrás de la atroz dictadura radical que ejerce sobre la población, y esta imagen se pretende difundir para conseguir el apoyo popular.

Una idea utópica en la que al Bagdadí aspira a fundar un estado moderno en consenso con los gobernados, con una ciudadanía definida –aunque restringida por el sectarismo islámico y la exclusión de las mujeres- y una situación estable. Napoleoni también destaca esa visión de utopía social en el momento en que “la distinción entre militantes civiles y combatientes es fundamental [para el Daesh]. Son dos categorías diferentes. El califato integra esta distinción de dos clases de militantes para maximizar la eficiencia de su armazón de estado”⁴.

Gracias a la tecnología moderna, especialmente a través de las redes sociales, se trata de dar una imagen política contemporánea, una sensación positiva en drástico contraste con las democracias occidentales y los falsos regímenes musulmanes. El Daesh ofrece una imagen de estabilidad en zonas inestables y marginadas por el mundo occidental, y esto atrae a muchos jóvenes de todo el mundo, motivados por defender unos valores contrarios a los de

⁴ NAPOLEONI, Loretta. *El fénix islamista*. Op. cit. p.53.

la sociedad en la que residen, y con la promesa heroica de obtener su lugar en el mundo y en la historia, un sentimiento identitario del que carecen en su lugar de origen.

A esto hay que sumar la relativa facilidad de entrada en el grupo, contrario a otras organizaciones terroristas, donde los procesos de formación y adoctrinamiento son más relevantes y por lo tanto más lentos y dificultosos. El sentimiento de nueva comunidad, de nueva pertinencia, es lo que atrae a muchos bajo la promesa de una entrada inmediata en la nueva sociedad. Es la misma inmediatez que proporciona la globalización, ya sea en la virtualidad de Internet o en la realidad del espacio físico, donde los combatientes pueden salir una mañana de París y llegar al Daesh esa misma noche.

Los estudios del CPDSI han mostrado que la ausencia de lazos afectivos con un territorio es siempre una de las características que definen a los jóvenes convencidos por el discurso del islam radical. Olivier Roy, experto francés en el radicalismo islámico, relaciona en su obra *El Islam mundializado* esa desafección de los reclutados por su tierra y su mundo real con el hecho de que vivan mayoritariamente a través del espacio virtual de Internet, describiéndolos como gente fuera de toda nacionalidad e incluso “ya fuera del territorio”, aunque aun siguiesen allí. Esa sociedad virtual es sin duda una característica definitoria de nuestra sociedad moderna, y de la que el Daesh se ha aprovechado para instalarse en el corazón de la globalización.

El Informe también destaca que, según las propias familias de los yihadistas, la radicalización se produce con cambios rápidos en la personalidad del joven, como un proceso de hipnosis, donde el sujeto se encierra en su habitación y pasa horas delante del ordenador. Después suele producirse un acercamiento a las mezquitas –aunque no necesariamente– donde encuentra a sus contactos virtuales y refuerza el adoctrinamiento religioso. Tras el aislamiento, aparece la progresiva ruptura de las relaciones con los amigos y la familia (dejan de practicar sus hobbies o actividades en el exterior, dejan los estudios o el trabajo), y la identidad individual débil pasa a formar parte de una identidad colectiva cuya característica principal es la fuerza.

No hay duda de que Internet y las redes sociales aportan una importante dimensión en el factor identitario de estos jóvenes, que incluye la construcción de sí mismos, y que continúa una vez el viaje hacia los territorios del Daesh se ha efectuado. Los combatientes occidentales comparten toda la información y las etapas de su transformación, fotografiándose con kaláshnikov –aunque jamás hayan combatido–, cuerpos de las víctimas o situándose en las situaciones más violentas o conflictivas, todo ello acompañado de un cambio físico que se ha convertido en seña identitaria del islam radical. La teatralización de su transformación, que acompaña la lucha yihadista, es una herramienta esencial de la radicalización del islamismo en occidente, que se difunde ya no sólo en las grandes ciudades y núcleos urbanos, sino que se extiende también en pequeñas localidades de la topografía europea.

La violencia como narrativa

La violencia es una herramienta clave en el discurso que el Daesh lanza al mundo. Sus acciones son parte integrante de la ideología, la provocación con la que se graban, la conmoción que buscan en el espectador, la publicidad que consiguen. Violencia y Daesh van inseparablemente de la mano, como nos recuerda Federico Aznar, analista del IEEE: “La narración dota a la violencia del Daesh de sentido y dirección, su continuidad y permanencia se justifican como el para qué de la violencia, haciendo que debate, mensaje y causa se encuentren interrelacionados e imbricados con aquella mientras genera el espacio ético que la hace posible”⁵.

Pero no se trata simplemente de violencia, sino de una violencia muy concreta, extrema y salvaje, que transgrede todos los límites de la moral occidental. La violencia de la crueldad, la violencia de la barbarie, la violencia de lo inhumano, que golpea en un plano social a sus enemigos. En ese momento, la violencia deja de ser un medio para adquirir o conseguir algo y pasa a ser el fin en sí mismo, primando incluso sobre la predicación ideológica. Es más, convierte la misma violencia en ideología, en el discurso, y se convierte en elemento de radicalización *per se*. Este elemento interior, el impacto de la violencia, sirve como

⁵ AZNAR, Federico. La gestión del salvajismo, en IEEE, 28/ 04/ 2015.

catalizador para el elemento social anteriormente descrito, y sus efectos están sin duda entre las causas del auge del yihadismo.

Así lo ve también Federico Aznar en el ya citado artículo, explicando como

“la utilización de la violencia extrema, junto con sofisticadas estrategias de comunicación y avanzados medios de edición, puede proporcionar al Daesh una notable repercusión en clave de audiencia y actuar como un atractor de jóvenes y contribuir a su radicalización al dar a personas hasta con problemas de identidad la oportunidad de convertirse en héroes siguiendo un ejemplo, en un entorno de desesperanza y postración”.

Sin duda hay que entrar en un análisis en profundidad de la violencia yihadista y de la recepción que esta tiene por parte de los jóvenes radicalizados en occidente, y su relación con el vector social que hemos definido en el apartado anterior.

El Daesh presenta la violencia como atractivo, efectuando mediante tecnología moderna y efectos especiales –casi cinematográficamente– una verdadera estética del horror. Y en nuestra sociedad voyerista y virtual, donde el sadismo se ha convertido en espectáculo, proliferan las imágenes más brutales subidas en la red en diversos formatos, para poder acceder desde todo tipo de dispositivos. La dimensión apocalíptica y milenarista, en la base de la ideología del Daesh, es un producto de nuestra modernidad.

Me gustaría ahondar un poco en lo que la violencia producida por los yihadistas del Daesh crea: un fenómeno que en trabajos anteriores, influenciado por algunos autores⁶, he denominado ‘horror estético’. Es complejo definir en su totalidad qué quiere decir el emparejamiento del sustantivo “horror” con un adjetivo aparentemente contradictorio. Aquí va una primera aproximación: el horror estético es aquella violencia audiovisual que no sólo exige una visualización estética, sino que necesariamente implica una transgresión ética. Es

⁶ Entre ellos José Ovejero o Gérard Imbert, de los que se hablará a continuación.

el efecto que crea este tipo de violencia, unas actuaciones que, como apuntaba la cita de Federico Aznar, generan un nuevo “espacio ético” que las hace posibles.

Muchos hablan de este fenómeno como de una “pornografía de la violencia”. Autores como Gérard Imbert en *La sociedad informe* (2010) o José Ovejero en *La ética de la crueldad* (2012), ofrecen explicaciones preocupantes de la forma en que la violencia es visualizada en nuestra sociedad, reduciendo al espectador a “un ser anónimo que ya no forma parte de la realidad, sin contacto, sin sentimientos, sin empatía, sin intercambio”⁷. Son actos de pura barbarie, en el sentido que le da al término “bárbaro” Tzvetan Todorov⁸, el cual me parece que es conceptualmente aplicable al fenómeno aquí analizado, en la medida en que no reconocen a los demás como a seres humanos igual que ellos, negando su plena humanidad y creando así una narrativa ética en la que puede actuarse con total impunidad.

La violencia radical, la crueldad extrema y bárbara del Daesh, se ha visto en otros muchos actos a lo largo de la historia, algunos en el mismo corazón de Europa, que nos son tristemente recientes. La diferencia radica en el empleo tecnológico de esas atrocidades para promocionar su causa. El vídeo del asesinato del norteamericano James Foley, en agosto de 2014, se propagó como un virus en pocas horas, incorporándose tanto en Internet como en todas las noticias internacionales. Con ese primer asesinato, se daba un impulso definitivo a una campaña de propaganda inédita para adueñarse de todo el espacio mediático.

Otra de las impactantes ejecuciones del Daesh fue la del piloto jordano Muath al-Kasabeh, en enero de 2015. La grabación y distribución del video de su muerte incluía todo tipos de efectos, animación, música, y hasta una entrevista previa, para acabar con el piloto quemado vivo dentro de una jaula, envuelto de una formación militar.

La presentación estética de la violencia extrema provoca, como hemos hablado antes, otros actos salvajes de violencia que buscan imitar esa narrativa, como la que impedía la detención del pasado ocho de abril en Cataluña. Es quizás demasiado aventurado sugerir que hay una relación directa y constante entre la violencia emitida por el Daesh y algunos de los actos o intentos fallidos de ataques en el mundo occidental –recordemos la detención de 15

⁷ OVEJERO, José. *La Ética de la crueldad*, Anagrama, Madrid, 2012. p.83.

⁸ TODOROV, Tzvetan. *El miedo a los bárbaros* (Trad. Noemí Sobregués), Gutenberg, Barcelona, 2008. p. 33.

supuestos yihadistas en Australia preparados para un ataque inminente en las mismas condiciones que la red catalana-, pero lo cierto es que, sin ir más lejos, por mucho que las cadenas televisivas eviten ofrecerlas en toda su crudeza, su difusión en las redes es determinante para el consiguiente efecto contagio o llamada. Hacen que, en sujetos violentos o radicalizados, deseos dormidos reciban habitaciones y nombres propios, desarrollándose en el guion de la posibilidad imitativa.

Al mismo tiempo que desarrolla un efecto de imitación o de “llamada mimética”, la violencia extrema también provoca un efecto de polarización de la sociedad, situándose el Daesh en un extremismo tan distante que elimina todo espacio para la neutralidad o la duda, obligando a los observadores –y principalmente a los musulmanes- a situarse de un lado o de otro, sin lugar para un debate o posiciones intermedias.

La violencia, para el Daesh, deja de ser un medio para conseguir sus objetivos y pasa a ser un fin en sí misma, un elemento identitario más que forma parte de la narrativa yihadista y la creación de discursos que sostienen ideológicamente sus acciones. Una violencia de una crueldad extrema, basada en la repetición de actos, asesinatos litúrgicos, que se convierten en la marca reconocible en todo el mundo de este producto de la globalización moderna.

CONCLUSIONES. DOS PILARES DEL EXTREMISMO EN EL CORAZÓN DE OCCIDENTE

Mientras escribía este texto, el Daesh anunciaba a través de Twitter que había reconquistado Palmira y Ramadi, importantes ciudades históricas de interesante situación geoestratégica, en Siria e Iraq respectivamente. No hay duda que esta organización se está constituyendo como una nueva modalidad de terrorismo, y sus lazos estrechos con los medios de comunicación y las redes sociales forman gran parte de su éxito.

Como venimos diciendo, la idea del Daesh como una organización social anacrónica, que pretende regresar a los tiempos del Profeta, es sólo verdad en parte, pues a pesar del enfoque aparentemente medieval de la ley y la vida en sociedad que propugnan, hacen un uso de la tecnología moderna que es esencial para su creación y funcionamiento. El fenómeno de la globalización ha sido usado magistralmente por el grupo para expandir sus ideas, reclutar combatientes y recaudar dinero. Fenómeno que se enclava en dos aspectos

de difusión: el Internet de la Yihad 2.0 y la violencia extrema que se apodera de los medios de comunicación.

Internet es sin duda el lugar de socialización hacia una nueva identidad islámica radical y muestra también su fuerza en el mundo tecnológico occidental. Hay varias etiquetas impulsadas en Twitter por Daesh que han sido *trending topic* mundiales, y muchos de los combatientes que provienen de Occidente cuentan sus seguidores en Facebook por miles. La fuerza de la organización terrorista golpea a Occidente con su propia modernidad tecnológica, y se aprovecha de las debilidades de la globalización, como la falta de una identidad concreta e inclusiva en las sociedades multiculturales modernas o la pérdida del factor religioso en la vida política y social, hecho que para sociedades más tradicionales supone un conflicto interno y externo importante. Construye su narrativa a partir de fenómenos occidentales, usando unos y contraponiéndose a otros.

El espacio mediático, ocupado en gran parte por las actuaciones del Daesh, es también una herramienta discursiva que provoca el auge del yihadismo en Occidente. La violencia se convierte en un sello de identidad del grupo, ejercida de forma cruel y brutal, golpeando a los pilares morales básicos de la civilización occidental y polarizando la confrontación entre el islamismo y el resto. Ejecuciones programadas para que el verdadero protagonista no sea la víctima, sino el verdugo.

Al mismo tiempo, esta violencia crea un efecto llamada en sus espectadores, quienes, impactados por el horror estético de las imágenes, emplean el vacío ético de la narrativa del Daesh para efectuar sus propias acciones monstruosas. En palabras del escritor español Luis Goytisolo, “contemplar al encapuchado que, cuchillo en mano, acaricia el cuello que se dispone a cercenar ante las cámaras, despierta la vocación de hacer lo propio en los más diversos rincones del mundo”⁹. Jóvenes impactados que desean aparecer en las redes igualmente encapuchados, concentrando la atención del mundo entero en su brazo justiciero y vengador.

⁹ GOYTISOLO, Luis. Artículo en *El País*, “Estado Islámico: El auge de la crueldad”. 6 / 02 / 2015.

Hay muchos factores en el auge del yihadismo, pero no podemos subestimar el catalizador del mundo moderno y el empleo de las tecnologías entre sus causas. El espacio virtual y el espacio moral, dos mundos etéreos e incontrolables, frente a una realidad nihilista y el fracaso aparente de ciertos sistemas multiculturales occidentales, que han dejado grandes fracciones de desigualdad y marginación. El discurso del Daesh vive de ellos.

Consecuentemente, hay que combatirlo con otro discurso opuesto, que muestre sus incongruencias y fechorías. Hay que tejer una cuidadosa estrategia mediática y pedagógica que tenga en cuenta la condición sociológica –y quizás también antropológica- de la audiencia a la que el Daesh atrae. Y la estrategia militar, a bien seguro imprescindible, debe tener una coherencia absoluta con el discurso que se pretende oponer. Sólo así podremos imponernos a la barbarie, a la deshumanización del “otro”, a la quema de un rehén o a las múltiples degollinas organizadas en los territorios que el Califato mantiene bajo su control.

Del mismo modo que el auge del extremismo islámico es un producto de la modernidad, y donde por tanto lo realmente decisivo ha sido el contagio a través de las redes sociales y demás fórmulas de difusión que ofrece Internet, es desde allí donde hay que empezar a construir el discurso. Un discurso que haga cierto el dicho de que la pluma es más fuerte que la espada.

i

*Jordi Torres Roselló**
Escuela Diplomática

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.